

Presentación

Carmen BLÁNQUEZ PÉREZ



No es fácil para mí escribir en este volumen dedicado a la memoria de Juan de Dios Cascajero Garcés. Y no porque no tenga nada que decir, sino precisamente por todo lo contrario. En ocasiones como ésta una sensación de pudor, seguramente mal entendido, parece anular mi capacidad de expresión. Sucede, sin embargo, insistiendo en la contradicción, que siempre, en todos los cursos que imparto –independientemente de la asignatura de que se trate– me surge hablar de él, de sus investigaciones y publicaciones, de su manera distinta de abordar la Historia. Y todavía hoy, tres años después de su desaparición, encuentro a quienes han sido alumnos suyos y recuerdan con especial interés todo aquello de lo que les hablaba en sus clases.

¿Cómo no sentirse interesados? Juan hablaba de la historia de los *sin historia* y era la voz de los *sin voz*, y estoy convencida de que su sinceridad y honestidad al expresarse despertaba la atención e infundía respeto, incluso entre los que no estuvieran de acuerdo con él, o no acabaran de entender la profundidad y trascendencia de sus afirmaciones.

Y esto no era así sólo ante sus alumnos, oyentes encantados –en muchas acepciones del término– sino también en cualquier otro escenario u ocasión. Estoy igualmente convencida de que, como me sucedía a mí, inspiraba ese mismo respeto en todos los compañeros del Departamento de Historia Antigua al que pertenecía, independientemente de que su actitud ante la vida, que es lo mismo que decir su actitud ante la Historia, fueran opuestas. Porque Juan no dogmatizaba, ni, a pesar de la claridad con la que hablaba, resultaba agresivo al exponer sus ideas, al contrario, parecía considerar siempre –en este mundo en el que nos movemos, en el que la vanidad infla las mentes y nubla la reflexión– la posibilidad de que los demás se sintieran aludidos u ofendidos ante sus afirmaciones, de ahí que la ponderación y la medida con que se expresaba caracterizara su actitud a la hora de afrontar los problemas del día a día –que son los que más pueden deteriorar las relaciones– en el Departamento.

También destacaba en él el sentido del humor, un sentido del humor muy peculiar, un tanto burlón y socarrón, pero nunca hiriente, que salvaba muchas situaciones incómodas y desarmaba los ánimos encendidos provocando la sonrisa. ¡Cuántas veces un comentario suyo, dicho con esa voz inconfundible y acompañado por una sonrisa, ha causado –al menos a mí– ese efecto, desdramatizando el ambiente y anulando la tentación de iniciar una discusión innecesaria por lo inútil!

Tenía esa cualidad, tan humana, de ser muchas cosas distintas sin resultar contradictorio. Era la única persona que he conocido que podía ser apasionado y ecuaníme, jocoso y serio, reservado y locuaz, e incluso elegante sin abandonar su talante poco amigo de convencionalismos. Podía hablar, con la misma naturalidad, sabiduría y entusiasmo, de mil temas distintos, totalmente ajenos a los afanes académicos, como el comportamiento de los animales, el placer que sentía cada amanecer, o de las plantas, sus propiedades y el uso que hacía de ellas, si el año iba a ser bueno para la cosecha (¿se dice así, Juan?) de miel con que obsequiaba a sus amigos, a los que traía tarros metidos en su gran cartera –en la que, por supuesto, no sólo llevaba libros o artículos– de los paisajes de su pueblo, Chiloeches, y de muchas otras regiones de España que conocía tan bien, del tiempo y de “los tiempos”, del mar, la navegación y la pesca... en fin, de tantas y tantas cosas.

Nunca olvidaré una imagen de él, sentado ante una mesa en lo que entonces era el despacho común de varios profesores del Departamento al que acababa de incorporarse; me llamó la atención porque estaba concentrado manipulando unos extraños y diminutos objetos, de manera que me acerqué y Juan levantó la vista, sonrió y me explicó qué estaba haciendo: preparando moscas que pensaba usar como cebo en su próximo día de pesca. Ese era Juan.

Disfrutaba comiendo y bebiendo y cualquier ocasión era buena para abrir una botella de vino y comenzar la charla (ese era otro “alijo” que podía llevar en la cartera o tener en su despacho) ya fuera con sus alumnos o con sus compañeros. Se preocupaba por los demás, no sólo por los que estábamos a su alrededor en la Facultad, sino también por los emigrantes que vivían en su pueblo y, yendo aún más allá, por las condiciones de existencia de todos aquellos cuya vida no tiene siquiera esperanza.

Y fue así hasta el final, sin que la dureza de su enfermedad le hiciera perder el norte de sus convicciones, al contrario, coherente una vez más, mostró claramente su valentía y dignidad y se entregó al amor de los que él llamaba “los suyos”.

Todo esto y mucho más lo sabemos quienes hemos sido sus amigos, pero también ha quedado reflejado en sus publicaciones sobre la Historia: ahí están para todos los que quieran enriquecerse leyéndolas, así podrán conocerle aquellos que no hayan tenido ese privilegio.

Vivió la vida plenamente. Por eso lo llenaba todo con su presencia y por eso su pérdida nos ha dejado una huella que nunca se desvanecerá. Gracias, Juan.